



El Domingo del Pastor y de la Vocación

El cuarto domingo de Pascua, conocido como el **Domingo del Pastor y de la Vocación**, pone de relieve la relación entre Jesús, el Buen Pastor, y sus seguidores. La liturgia de este día nos invita a reflexionar sobre la vocación cristiana a través de tres verbos esenciales: **escuchar, conocer y seguir**. Estos verbos no solo describen la relación del creyente con Cristo, sino que también trazan el camino de transformación interior que toda vocación implica.

La Meta de la Vocación Cristiana

La vocación cristiana no es incierta ni abstracta; su fundamento radica en la promesa de Jesús: *"Les doy la vida eterna"*. Esta afirmación revela la verdadera esencia de la vocación: la comunión plena con Dios, la participación en su vida divina y el encuentro con el Cordero que guía a las fuentes de las aguas de la vida.

El **Evangelio según san Juan** enfatiza esta verdad al mostrar que la vida eterna no es solo una esperanza futura, sino una realidad accesible desde el presente, cuando el creyente entra en comunión con Cristo, escucha su voz y sigue sus pasos con fidelidad. Jesús mismo define la vida eterna como el conocimiento profundo del Padre y de su enviado: *"La vida eterna es conocerte a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo"* (Jn 17,3).

La centralidad del Don de la Vida

A lo largo del Evangelio de Juan, el tema de la

vida es recurrente. Jesús se presenta como el Maestro y el Pastor que entrega su vida por sus ovejas. La verdadera vocación cristiana no consiste en acumular para sí, sino en **dar la propia vida** en amor y servicio, siguiendo el ejemplo de Cristo.



Las **manos** de Jesús, signo de acción y poder en el lenguaje bíblico, son las mismas manos del Padre que protegen y guían a sus hijos. Son manos que sanan y bendicen, pero también son las manos marcadas por los clavos de la cruz. Para reconocer plenamente a Cristo como el Buen Pastor, es necesario **mirar sus manos**, tocar su costado y beber de la fuente de vida que brota de su sacrificio.

Jesús nos enseña el verdadero abandono confiado cuando, desde la cruz, pronuncia: *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"*. Este acto de entrega absoluta es el modelo de cómo debemos depositar nuestra vida en las manos de Dios, sin reservas ni temores.

Seguir al Buen Pastor

El camino del discípulo no siempre es claro y seguro. A veces es iluminado, otras veces es oscuro; a veces es firme, otras veces está herido. Sin embargo, la clave es **permanecer detrás de Cristo**, seguir su voz y confiar en su guía. La vocación cristiana no es una elección puntual, sino un vínculo profundo y constante con el Señor, similar al rebaño que sigue a su pastor con confianza.

Escuchar, conocer y seguir a Jesús implica un

compromiso de fe, una adhesión sincera a su enseñanza y una entrega absoluta a su amor. Es un **amor puro e incondicional**, un abandono total en las manos del Maestro, que conduce a sus seguidores desde el desierto hacia el oasis de la vida eterna.

Una invitación

El **Domingo del Pastor y de la Vocación** es una invitación a renovar nuestro seguimiento de Cristo con decisión y entrega. Jesús nos llama a una relación íntima con Él, basada en la escucha y el conocimiento de su voz, para que nuestra vida se transforme en un testimonio auténtico de amor y fidelidad.

Hemos de seguir al Buen Pastor con un corazón dispuesto, confiando en su guía y abandonándonos en sus manos misericordiosas, pues solo en Él encontramos la plenitud de la vida y la certeza de nuestra vocación.

El Papa es el Vicario de Cristo, del Buen Pastor. Al inicio de su servicio a la Iglesia, pidamos, como signo de comunión, diciendo:



Dios Padre misericordioso, te damos gracias por el don del Papa León XIV, a quien has elegido como sucesor de Pedro para guiar a tu Iglesia en este tiempo de gracia. Te pedimos que lo llenes de tu Espíritu Santo, para que sea un pastor fiel, un testigo de tu amor y un constructor de paz. Que su ministerio sea signo de unidad, que su palabra ilumine los corazones, y que su ejemplo nos inspire a vivir con fe y esperanza. Amén.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 99, 2. 3. 5

**Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores.**

Sabed que el Señor es Dios:

**que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño.**

**«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades.»**

La tradición de Israel dice de este salmo que es un canto para la alabanza. En él se hace una invitación a que todos los pueblos de la tierra reconozcan – es decir: conozcan- al único Dios a fin de servirle, es decir, a obedecer su designio, que tiene por objeto al hombre mismo.

Servir al Dios de Israel con alegría, es decir, con gratitud, con el júbilo de quien se sabe conocido, amado y salvado. Él es Dios: nos hizo y somos suyos, su pueblo, el rebaño que él guía.

La invitación que en él se hace de “*entrar en su presencia*” no tiene fronteras. Los pueblos que no conocen a Dios están invitados a orientarse hacia Él, cuya gloria, en el Antiguo Testamento, habitaba en el templo de Jerusalén: “*Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios, con himnos...*”. Esta

gloria “*hoy*” se revela en Jesús y, por derivación, en su cuerpo, que es la Iglesia de la que formamos parte por el bautismo recibido. El evangelio de San Juan 17, 14-24 nos ayudará a profundizar en este misterio. Esto implica llevar en nosotros todo el amor, honra y gloria que el Padre derramó en su Hijo.

El rabino **Abraham ben Meir ibn Ezra**, denominado el Sabio, el Grande, el Admirable, que nació en Tudela de Navarra en el año 1092, dice: “*que tu gratitud, tu alabanza y tu bendición sean estas: El Señor es bueno, su misericordia es eterna*”. ¿Cómo no bendecir, alabar, agradecer que, por su misericordia, “*somos su pueblo, ovejas de su rebaño*”?

En el día de Pentecostés se hizo realidad lo que el salmo anuncia y celebra, tal como se recoge en el libro de los Hechos de los Apóstoles: “*Entre nosotros hay partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia... y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua*” (Hch 2, 9 s).

La evangelización es una invitación que se hace a todos los pueblos tierra a acoger el mensaje de Jesús a fin de que, reconociendo al verdadero Dios, entren a formar parte, por medio del bautismo, del rebaño de Jesús, que es la Iglesia, “*cuyas puertas y atrios*” están abiertos a todas las naciones.

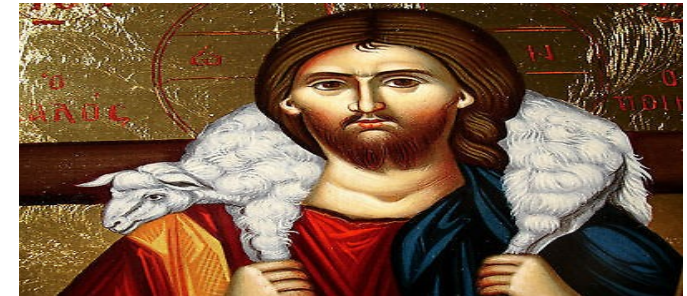


En la fuente de agua viva

**Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis**

DOMINGO IV DE PASCUA “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón



Hechos de los apóstoles 13, 14. 43—52

El sábado siguiente, casi toda la ciudad acudió a oír la palabra del Señor. Al ver el gentío, los judíos se llenaron de envidia y respondían con blasfemias a las palabras de Pablo. Entonces Pablo y Bernabé dijeron con toda valentía: «Teníamos que anunciaros primero a vosotros la palabra de Dios; pero como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que nos dedicamos a los gentiles. Estos sacudieron el polvo de los pies contra ellos y se fueron a Iconio. Los discípulos, por su parte, quedaban llenos de alegría y de Espíritu Santo.

Juan 10, 27-30

En aquel tiempo, dijo Jesús: «Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me ha dado, es más que todas las cosas, y nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno.»